



—— Vigdis Hjorth ——

LA HERENCIA

Novela

——— Vigdis Hjorth ———

LA HERENCIA

Novela

Traducción de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Mármara Ediciones  Nórdica Libros

Título original:

Arv og miljø



© De la traducción:

Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

© De esta edición:

Mármara ediciones
marmaraediciones.es

Nórdica libros
nordicalibros.com

ISBN: 978-84-17651-78-7

DEPÓSITO LEGAL: M-28942-2019

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

Diseño:

Ignacio Caballero

Maquetación:

Diego Moreno

Corrección ortotipográfica:

Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hacer como un acto voluntario lo que tienes que hacer.

Slavoj Žižek

Mi padre murió hace cinco meses, en un momento oportuno o inoportuno, según se mire. Yo creo que él no habría tenido nada en contra de desaparecer de una manera tan repentina justo entonces, hasta incluso pensé que se había caído a propósito cuando me lo dijeron, antes de conocer los detalles. Se parecía demasiado a lo que se lee en las novelas para poder ser casual.

Durante las semanas anteriores al fallecimiento, mis hermanos habían mantenido una enardecida disputa sobre un anticipo de la herencia, en relación con las casas de la playa de la familia en las islas de Hvaler. Y solo dos días antes de que mi padre se cayera, yo me había unido a la disputa poniéndome de parte de mi hermano, en contra de mis dos hermanas pequeñas.

Me enteré de esa disputa de un modo extraño. Un sábado por la mañana que esperaba con mucha ilusión porque no tenía nada más que hacer que preparar una intervención en un seminario sobre teatro contemporáneo en la ciudad de Fredrikstad por la tarde, llamó mi hermana Astrid. Era una mañana despejada y hermosa de finales de noviembre, el sol brillaba casi como en primavera si no hubiera sabido que eso era imposible y si no hubiera visto los árboles sin hojas elevarse hacia el cielo o el suelo rojizo de hojas. Me sentía feliz, preparé café, me hacía ilusión ir a Fredrikstad y dar una vuelta por el casco antiguo de la ciudad al acabar el seminario, caminar por los terraplenes mirando al río, con la perra a mi lado. Me metí en la ducha, cuando salí vi que Astrid había llamado varias veces. Seguro que tenía que ver con esa colección de artículos que le estaba ayudando a redactar.

Contestó al teléfono con voz susurrante. Espera un momento, dijo, había interferencias, como si se encontrara en una

habitación con aparatos eléctricos. Espera un momento, repitió, susurrando de nuevo, yo esperé. Estoy en el hospital Diakon-hjemmet, dijo, ya la oía mejor, las interferencias habían desaparecido. Se trata de mamá, dijo. Pero todo ha ido bien. Ya está fuera de peligro.

Sobredosis, dijo, mamá se tomó anoche una sobredosis, pero todo ha acabado bien, solo que está muy cansada.

No era la primera vez que sucedía, pero en los otros casos habían ocurrido tantos sucesos traumáticos antes que no me había sorprendido. Mi hermana repitió que nuestra madre estaba fuera de peligro, pero que había sido dramático. Mi madre la había llamado a las cuatro y media de la madrugada: He tomado una sobredosis. Astrid y su marido acababan de volver a casa de una fiesta y no podían conducir, Astrid llamó a mi padre, que encontró a mi madre en el suelo de la cocina y que a su vez llamó al vecino, que era médico; este acudió y dudaba de si era necesario avisar a una ambulancia, pero lo hizo para quedarse tranquilo, y la ambulancia llegó y llevó a mi madre al hospital, donde se encontraba ahora, fuera de peligro, pero muy muy cansada.

Por qué, pregunté, Astrid se mostraba vaga e incoherente, pero poco a poco fui comprendiendo que las emblemáticas casas de la playa de Hvaler habían sido traspasadas a mis dos hermanas, Astrid y Åsa, sin que nuestro hermano Bård hubiese sido informado al respecto, por un valor de tasación que, al enterarse, le pareció demasiado bajo. Había protestado y armado un escándalo, dijo mi hermana. Ella le había enviado un correo unos días antes porque nuestra madre estaba a punto de cumplir ochenta años y nuestro padre ochenta y cinco, y eso era algo que había que celebrar, así que escribió a Bård preguntándole si él y su familia querían participar en la fiesta, él contestó que no quería verla, que le había arrebatado una casa de Hvaler,

eso añadido a un trato desigual en cuestiones económicas durante años, que ella solo quería justicia para sí misma.

Astrid se asustó, tanto por los términos como por el contenido, y enseñó el mensaje a nuestra madre, que se asustó y se tomó una sobredosis, y ahora estaba ingresada en el hospital, en cierto modo por culpa de Bård.

Cuando Astrid lo llamó para contarle lo de la sobredosis, él contestó que ella era la responsable de la situación. Se muestra muy frío, dijo ella. Emplea la peor arma de todas, los hijos. Los hijos de Bård habían eliminado a Astrid y a Åsa de Amigos en Facebook y escrito a nuestros padres diciéndoles que estaban apenados por la pérdida de la casa de la playa. Mi madre tenía mucho miedo de perder el contacto con los hijos de Bård.

Le dije a Astrid que le dijera a nuestra madre que se mejorara, ¿qué otra cosa podía hacer? Se alegrará, dijo.

Resulta curioso lo casual que es conocer a personas que luego serán decisivas para el desarrollo de nuestra vida, que luego influirán directa o indirectamente en elecciones que harán cambiar la trayectoria de la misma. ¿O no es casual? ¿Intuimos que la persona ante la que nos encontramos va a empujarnos hacia caminos por los que consciente o inconscientemente deseamos caminar? Entonces seguimos hacia delante. ¿O intuimos que la persona ante la que nos encontramos podrá desafiar-nos o echarnos de ese camino por el que deseamos caminar y por eso no queremos volver a verla? Resulta curioso pensar en lo importante que puede llegar a ser una persona para nuestra actuación en situaciones decisivas, porque le hemos consultado justo sobre ello.

No me tomé el café, estaba intranquila, me vestí y salí para que me diera el aire en la cara y se me aclararan las ideas. No estaba reaccionando de un modo adecuado, pensé. Llamé a Søren, que era el que mejor de mis hijos conocía a la familia. Se sorprendió por lo de la sobredosis, claro, pero había oído hablar de las otras veces y sabía que siempre acababan bien, porque ella siempre avisaba a tiempo. Cuando llegué al tema de las casas de la playa y la tasación, se quedó pensativo y dijo que entendía la reacción de Bård. Él no había roto la relación, como yo, había estado allí siempre, no tan cercano a nuestros padres como Astrid y Åsa, pero eso tendría que estar permitido sin recibir por ello castigos económicos.

Llamé a Klara, que se enojó. Coquetear con el suicidio no era bueno. Regalar casas en la playa a dos de cuatro hijos en secreto y según una tasación demasiado baja no era bueno.

Estaban en su derecho, pero durante los últimos años habían hablado muchas veces de su intención de tratar a todos los hijos

por igual en cuanto a la herencia. Pero ahora se descubrió que la suma que Bård y yo recibiríamos como compensación por las casas sería notablemente baja. Entendía que mi hermano protestara por eso y porque no se le había informado de que el traspaso ya había tenido lugar. A mí tampoco me habían informado, pero yo llevaba años distanciada de la familia. De todos mis hermanos solo tenía contacto con Astrid, la segunda más pequeña, mediante un par de conversaciones telefónicas al año. De manera que me había sorprendido recibir una felicitación de mi hermana pequeña por mi cumpleaños unos meses atrás, ya que hacía muchísimo tiempo que no sabía nada de ella. Decía que me había felicitado otros años, pero a un número de teléfono equivocado. Entonces lo entendí. Hasta entonces habían sido dos contra uno; Astrid y Åsa contra Bård, pero al entrar yo en juego, todo podría desplazarse. No obstante, yo había afirmado que no me importaba la herencia. Supongo que mis hermanas esperaban que siguiera igual, pero no podían estar seguras. Eran cosas que yo decía en mis conversaciones con Astrid, cuando ella quería que me reconciliara con mis padres. Me presionaba sentimentalmente, esa era la sensación que me daba, hablaba de cuánto sufrían por mi ausencia, de lo viejos que estaban ya, de que pronto se morirían, ¿por qué no me presentaba en un cumpleaños o en alguna fiesta? Estaba segura de que era nuestra madre la que presionaba a mi hermana. Pero a mí no me ablandaba tanta charla de vejez y muerte, a mí me provocaba y me entristecía. ¿No se tomaban en serio mis motivos? Yo los había explicado. Les había contado que me ponía enferma cuando estaba con nuestros padres, que verlos y hacer como si nada hubiera pasado equivalía a traicionarme a mí misma. ¡Que lo había intentado! No me ablandaba, sino que me provocaba y me entristecía, no en el momento, sino después, cuando escribía correos diciendo que no quería volver a ver a mis padres nunca más, que nunca más pondría un pie en la calle Bråteveien, que me desheredasen si querían.

Después de romper con ellos, mi madre me llamó muchas veces, era antes de los tiempos del móvil y yo no sabía quién llamaba. Ella alternaba entre llorar y regañarme, a mí me dolía el cuerpo, pero no tenía elección, si quería sobrevivir, no hundirme, no ahogarme, tenía que mantenerme alejada. Ella me preguntaba que por qué no quería verla, como si no lo supiera, me hacía preguntas imposibles. ¿Por qué me odias si eres la niña de mis ojos? Yo le había dicho innumerables veces que no la odiaba, hasta que empecé a odiarla, se lo había explicado una y otra vez, ¿tendría que explicárselo de nuevo cuando en el siguiente cruce de caminos fuera como si no se lo hubiera explicado, y me sintiera rechazada? ¿Una vez más sería rechazada?

Durante los primeros años tras la ruptura se produjeron muchos episodios dramáticos debido a esa clase de conversaciones telefónicas. Mi madre llamaba y soltaba sus acusaciones y sus ruegos y yo me desesperaba y me entristecía. Poco a poco las llamadas se fueron espaciando, creo que se dio por vencida, seguramente también ella pensaba que la previsibilidad y la tranquilidad eran preferibles a esa desgarradora inquietud que traían consigo las conversaciones irreconciliables. Mejor dejar que Astrid haga un nuevo intento de vez en cuando.

Al menos durante los últimos años había recibido pocas llamadas de mi madre. Alguna que otra vez me escribía un SMS cuando estaba enferma, lo que le ocurría a veces, como suele ocurrirle a casi toda la gente mayor. Estoy enferma, ¿podemos charlar un poco? Un día me llamó tarde, seguro que había bebido, yo había bebido y le contesté que podía llamarme al día siguiente por la mañana. Luego escribí a Astrid y le dije que yo podía hablar con nuestra madre sobre enfermedades y tratamientos, pero que si empezaba con las acusaciones y el drama

de siempre, le colgaría. No sé si le transmitió mi mensaje, pero cuando mi madre llamó a la mañana siguiente solo habló de enfermedades y tratamientos, y tal vez sintiera como yo, al colgar, que la conversación había estado bien. Al menos dejó de transmitirme su decepción y su tristeza, pensé que se las dirigiría a Astrid, a quien debía de resultarle pesado manejar la decepción y la tristeza de mi madre y quizá no fuera de extrañar que intentara incitarme a la reconciliación.

Debido a la decepción y tristeza que yo había provocado a mis padres con mi ruptura estaba preparada para que me dejaran sin herencia. Si, en contra de lo que yo pensaba, no lo hacían, sería porque no causaría buena impresión, ellos querían que todo causara buena impresión.

Pero todo eso sería en un futuro lejano, los dos gozaban de buena salud.

De modo que me sorprendió cuando en Navidades, hace tres años, recibí una carta de mis padres. Mis hijos, ya adultos, habían ido a verlos el día veintitrés, como solían hacer desde la ruptura a petición mía, porque me sentía menos presionada cuando mis padres podían ver a sus nietos. Y a mis hijos les parecía bien ver a sus primos y primas y volver a casa con dinero y regalos y, hace tres años, también con una carta. La abrí y la leí en voz alta con ellos a mi alrededor. Decía que mis padres habían hecho testamento y que sus cuatro hijos heredarían a partes iguales. Excepto las casas de la playa de Hvaler, que pasarían a Astrid y Åsa a precio de mercado. Se alegraban de poder transmitir valores a sus hijos, decía. Los míos sonrieron prudentemente, también ellos estaban preparados para no heredar.

Era una carta extraña. Muy generosa, teniendo en cuenta lo deprimidos que se suponía que estaban por mi culpa. Me preguntaba qué esperaban a cambio.

Unos meses después de recibir la carta en Navidad sobre el testamento, llamó mi madre. Yo estaba en un mercado en San Sebastián con mis hijos y nietos, era Semana Santa y había alquilado una casa en esa ciudad. No sabía que era mi madre, porque no tenía guardado su número. Le temblaba la voz, como siempre cuando estaba nerviosa: Bård ha armado un escándalo, dijo, yo no sabía a qué se refería.

Bård ha armado un escándalo, repitió, la misma expresión que había empleado Astrid, debido al testamento, dijo, porque las casas de la playa serán para Astrid y Åsa. Pero Astrid y Åsa han sido tan buenas, dijo, tan consideradas... Hemos estado allí con ellas todos los veranos, lo hemos pasado muy bien, es natural que las casas sean para ellas. Bård nunca ha hecho uso de esas casas, tú nunca has hecho uso de esas casas, ¿quieres una casa en Hvaler?

A mí me habría gustado tener una casa en Hvaler, en la punta del arrecife con vistas al mar, de no haber sido porque me habría arriesgado a encontrarme todo el tiempo con mis padres.

No, contesté.

Me di cuenta de que eso era lo que ella quería oír, al momento se tranquilizó un poco. También le dije que no había hablado con Bård, de ser así, habría sabido enseguida a qué se refería. Dije que no quería ninguna casa en Hvaler, que el testamento me parecía generoso, que no esperaba nada.

Después Astrid me contó que había habido mucho dramatismo en torno a las casas. Cuando Bård supo que Astrid y Åsa las habían heredado, un día estando en casa de mis padres se levantó, dijo que ya habían perdido a una hija, refiriéndose a mí, y que ahora perdían a otro, y se marchó. A mi madre le pareció irrazonable. Bård llevaba muchos años sin ir a las casas de la playa, tenía su propia casa, y su mujer se llevaba bastante mal con nuestra madre cuando ellos aún iban a Hvaler.

Me sorprendió su vehemencia, pero no dije nada. Era estu-
pendo, pensé, no verse envuelta en la disputa de las casas de la
playa.

Así que la batalla se había agudizado. Las casas ya se habían
traspasado a Astrid y Åsa, Bård se había enfadado y mi madre
estaba ingresada en el hospital por una sobredosis.

La primera vez que vi a Klara Tank iba empujando un carrito de niño por los pasillos del Instituto de Ciencias de la Literatura. En el carrito iba sentado el hijo de un conocido pintor. Klara siempre asistía a clase con el hijo del pintor, de quien al parecer se estaba divorciando. Yo era una aplicada estudiante que leía todo lo que tenía que leer, pero iba poco al instituto, estaba embarazada de mi segundo hijo y llevaba una vida familiar. Por esa razón solo vi un par de veces a Klara en el instituto, pero me fijé en ella, la estudiante con carrito de niño. La primera vez que me habló fue en la calle Hausmann unos años después, tras una reunión sobre crítica literaria. Klara estaba en la redacción de una revista literaria que había publicado una crítica malísima sobre un escritor muy popular, ella defendió la crítica descalza y agitando los brazos, iba a decir *tribunal literario*, pero dijo *urinal literario*, se echó a reír y no podía parar, se echó a llorar, salió corriendo y no volvió a entrar. Cuando salí, me paró en la acera delante del local, todavía descalza, aunque era

octubre, me desabrochó el botón del abrigo y me tiró de la blusa de seda diciendo que era bonita. Me marché de allí, no quería contagiarme de rareza.

Caminé más de lo habitual, aunque iba a viajar a Fredrikstad esa misma tarde. Me metí en el bosque, que era espacio natural protegido, seguía verde en parte, pero no me resultó tan tranquilizador como de costumbre. Los árboles que se habían caído con las tormentas de las últimas semanas cortaban los senderos y reposaban desnudos con sus grandes raíces negras. Llamé a mis hijas y no conseguí hablar con ellas, llamé a mi novio y no conseguí hablar con él, sentía una imperiosa necesidad de transmitir lo que había oído, pero ¿por qué? No era dramático, había ido bien.

Pensé en mi anterior conversación con Astrid, hacía solo unos días. Durante el último medio año había tenido más contacto con ella del que tenía antes. Astrid estaba escribiendo un artículo sobre la enseñanza de derechos humanos y me pedía opinión sobre la disposición y la división de los capítulos, de lo que yo, como directora de una revista, tenía conocimiento. Yo

leía y comentaba su texto, charlábamos sobre la forma y la progresión, y en la última conversación, hacía solo unos días, discutimos sobre los últimos retoques y la editorial. También en esa ocasión iba andando, recordaba que me había cambiado el móvil de una mano a otra porque hacía frío para ir sin guantes. Cuando dejamos de hablar del libro, pregunté, como solía hacer, qué tal la familia. Bueno, estamos con lo de Bård y las casas de la playa, contestó, yo creía que se refería al testamento.

Me fui a Fredrikstad. Por fin, cuando iba conduciendo por el casco antiguo de la ciudad casi desértica, me sentía más tranquila. Encontré un lugar para aparcar cerca de la pensión donde me iba a alojar y donde me había alojado en otras ocasiones, di una vuelta con la perra por los terraplenes a lo largo del río, que estaba rojo cobre, porque el sol estaba a punto de ponerse, e intenté pensar en el debate sobre la dramaturgia contemporánea noruega, pero me costaba concentrarme. Volví a llamar a Tale y a Ebba, pero no contestaron, llamé a Lars, tampoco contestó, llamé a Bo, antes de acordarme de que estaba en Israel. Me pregunté por qué me era tan necesario contar a mis hijas, a mi novio y a Bo lo de mi madre, la sobredosis y las casas. Llamé a mi mejor amiga de la infancia, iba conduciendo y tuvo que ser muy breve. Ya sabía lo de la sobredosis, pero la disputa sobre la herencia le interesaba, tenía experiencia en el tema. Están en su derecho, dijo, pueden dar lo que quieran a quien quieran, pero ya no parecen tan generosos como en su mensaje navideño. Por lo demás, dijo, cuando su hermano heredó la casa de verano de la familia, porque era el hijo favorito, ella pensó que debería haberla heredado ella, como compensación por falta de afecto y cuidados.

Encerré a Trofast en la habitación y me fui hasta el *ferry* que cruzaba el río y llevaba al centro. Desde allí volví a llamar a Tale

y a Ebba, pero no contestaron, llamé a Klara y le pregunté por qué me había alterado tanto, por qué sentía esa apremiante necesidad de hablar de ello cuando todo había salido bien.

Es algo profundo, Bergljot, dijo. Es jodidamente profundo.

Me bajé del *ferry* y caminé por las calles, empezó a llover, me empapé y me sentía pesada. Era lo que decía Klara, me di cuenta de lo profundo que era, cómo algo me empujaba hacia lo más profundo, cómo pesaba, cómo me hundía.

El debate salió bien, me desarrollé bien. Luego me quedé en el café hablando a mis contertulios de la tasación de las casas y de la sobredosis, aunque no los conocía personalmente y pensaba todo el tiempo que no debía hacerlo. Sentía vergüenza mientras hablaba, sentía vergüenza al ver las caras de los que me escuchaban y sentía vergüenza volviendo a la pensión, por cómo había hablado de tasaciones de casas de la playa y sobredosis, de un modo infantil y en falsete, de maneras que pertenecían a la infancia, la estúpida juventud, sentí vergüenza durante toda la noche, no conseguí dormir por vergüenza de no ser una adulta, de no ser capaz de hablar de un modo maduro y equilibrado, de volver a ser una niña.

Al día siguiente de que Klara me hubiera desabrochado el abrigo en la calle Hausmann y tirado de la blusa de seda, me llamó. Yo estaba en la entrada de la casa en la que vivía con mi marido y mis hijos, y no sabía quién era. Volvió a decir su nombre, entonces caí, me entró miedo, mi sistema autoinmune estaba debilitado. Me preguntó si quería reseñar un libro para la revista literaria de cuya redacción formaba parte, yo no quería, no me atrevía, no me atrevía a decírselo. Me preguntó si podía ir a su casa al día siguiente por la mañana para que pudiéramos hablar del tema, yo no quería, no me atrevía a decírselo. Cuando llegué a su casa al día siguiente, sobre el mediodía, ella estaba montando una librería, no era capaz, no seguía el manual de instrucciones, estaba bebiendo ginebra. Yo no podía beber, tenía que conducir, me encargué de la librería. Mientras yo atorillaba, ella dijo que lo de la reseña se podía dejar, la revista iba a cerrar, no resultaba rentable a la editorial, ¿cómo iba a pagar entonces el alquiler de su casa? Yo no lo sabía, sacudí la cabeza,

no quería contagiarme de problemas económicos. Dijo que estaba enamorada de un hombre casado, el corazón me latía con fuerza. Estaba embarazada de un hombre casado y se sometería a un aborto al día siguiente, si no lo hacía, él no querría verla más. Yo no podía ayudarla, quería irme a mi casa, me apetecía un trago de ginebra, atornillé la librería y me marché, no quería volver a verla.

No lo recordaba, veinte años o más.

Llámalo, dijo, yo esboqué una sonrisa, ella no sabía cómo estaban las cosas. Pero nos abrazamos como si hubiéramos intercambiado regalos, y cuando salí por la verja, ella gritó: ¡Yo estoy con Bård!

En el coche, volviendo a casa, rebosaba de sentimientos ambivalentes. Avergonzada por las confidencias del día anterior en el café, enfadada conmigo misma porque resultaba muy fácil conmoverme, agradecida por la invitación a tarta y café, por haberme topado con una persona así en un día así, alguien que ofrecía cobijo y consejos. Me pregunté a mí misma si mis padres, si Astrid y Åsa habrían pedido consejo a otras personas, porque no hacía falta saber mucho de los humanos para prever que un hombre que protesta contra el reparto injusto de un testamento proteste contra traspasos en secreto a precio por debajo del valor de mercado. Si hubiesen pedido consejo a personas ajenas, les habrían advertido, ¿no? ¿O no querían ser advertidos? ¿Simplemente no querían ser advertidos? ¿Llevar a cabo a cualquier precio lo que habían decidido?

Ya de vuelta en mi casa, en Lier, cuando se había hecho de noche, cruzando el campo con la perra empezó a nevar, llamé a Tale y me cogió el teléfono. Le hablé de la sobredosis, del traspaso y las tasaciones, y mi hija, que me conocía y sabía que me estaba acercando al precipicio, dijo que no me lo tomara en serio, que no entrara en ese tema, que mi madre estaba haciendo un drama con ella misma en el papel de protagonista como víctima trágica de unas malvadas intenciones, siendo el objetivo cerrar la boca a los críticos.

No apoyo más a esa familia, dijo, no quiero seguir participando en esa farsa.

Oía lo que ella decía, lo entendía con la razón. Caminé más que de costumbre con el fin de agotarme, con el fin de conseguir dormir, con el fin de dormir toda la noche, me alejé mucho, volví a casa y me senté delante de la chimenea. Astrid llamó para decirme que nuestra madre iba bien, a lo mejor pensaba que yo estaba preocupada. Seguía ingresada en el hospital y estaba cansada, pero la mandarían a casa al otro día y su cumpleaños se celebraría la siguiente semana, como estaba previsto, esperaba que asistieran Søren y Ebba. Dije que no había oído lo contrario. Mamá se pondrá contenta entonces, dijo, temía que los hijos de Bård no acudiesen.

Él utiliza a los chicos, repitió. ¡Es lo más feo que puedes hacer: utilizar a los hijos! Mamá tiene mucho miedo de perder el contacto con los hijos de Bård. Se lleva muy bien con ellos, ¿eso se romperá por culpa de su padre?

Dije con cautela que podría ser que ellos estuvieran realmente tristes porque las casas hubieran sido traspasadas a ella y a Åsa, era la primera vez que le insinuaba que no le compraba su versión así como así. Se calló. Luego dijo que si solo se trataba de la tasación siempre podían conseguir una nueva. Tal vez haya sido un proceso un poco tonto, dijo. Tal vez la tasación fuera algo baja, añadió. A lo mejor deberíamos haber pedido dos en un principio, pero no se nos ocurrió.

Abrí una botella de vino tinto. Después de bebérmela me sentía más tranquila y volví a salir con la perra. Seguían cayendo grandes y pesados copos de nieve que se me derretían en la cara, enseguida estaba empapada. El cielo era grande y las estrellas centelleaban con tanta fuerza que parecían irreales, pero tal vez fuera el vino. Volví a casa y ya lo había decidido.

No encontré el número de Bård en Internet y llamé a Astrid. Dijo que no lo tenía. ¿Pero no hablaste con él ayer? Åsa lo tenía,

dijo, le pregunté si podía llamarla y luego volver a llamarme a mí, dijo de mala gana que era tarde, pero al final lo encontró.

Cuando le dije que era Bergljot, él se quedó callado. Luego dijo que últimamente había pensado mucho en mí, yo me quedé callada. Luego le hablé de mis conversaciones con Astrid y él habló de cómo vivía él la situación. Parecía triste. Mencionó un libro que yo le había enviado tiempo atrás, una novela apocalíptica sobre una familia que en mi opinión se parecía a la nuestra, sobre una infancia que se parecía a la nuestra.

Así es como fue, dijo.

Volví conduciendo desde casa de Klara con el corazón latíendome fuerte. ¿Me había contado que estaba enamorada de un hombre casado porque pensaba que yo estaba enamorada de un hombre casado? ¿Se me notaba? ¿Alguien sabía algo de aquello? Yo estaba casada con un hombre bueno y honesto y tenía tres hijos pequeños con él, sin embargo estaba enamorada de otro, un hombre casado, y no pensaba en otra cosa que en ese hombre casado. Era atroz, asqueroso, qué iba a hacer yo, era imposible, yo era imposible. No tenía un trabajo fijo, ningún ingreso fijo, pero sí tres hijos pequeños y un marido bueno y rico y estaba apasionadamente enamorada de otro, terrible, vergonzoso, imperdonable, ¿cómo podía?, ¿qué clase de persona era capaz de hacer algo así?

Klara me llamó la semana siguiente, yo no habría cogido el teléfono si hubiera sabido que era ella. Me preguntó si podía acercarme otra vez a su casa, se había comprado una nueva librería

que no era capaz de atornillar. Yo no quería, fui a su casa, ator-
nillé la librería y le hablé del hombre casado. Me lo había nota-
do, dijo. Ella notaba esas cosas, dijo, acariciándome la mejilla,
yo me eché a llorar, ¿qué podía hacer?

Lo que notaba, he pensado después, cuando empecé a pen-
sar, era que se estaba acercando el momento de la verdad, que
se estaba acercando el terremoto, lo intuía de la misma manera
que los animales intuyen los terremotos. Temía y temblaba ante
ese doloroso suceso de la verdad que me sacudiría, me conmo-
cionaría y me estremecería hasta la médula, quizá me estaba es-
forzando inconscientemente para anticiparlo, para acabar con
él, ya que de todos modos no se podía evitar.